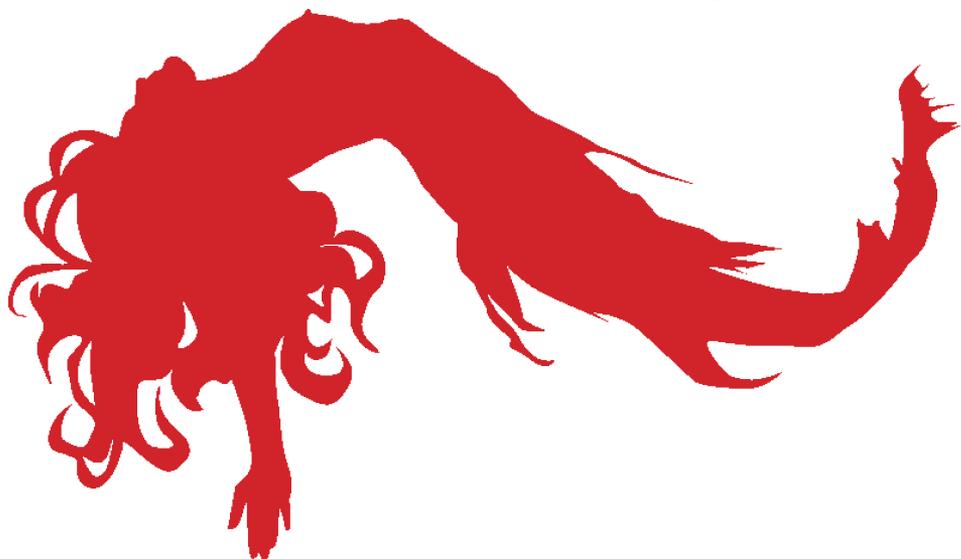


Hubo una vez

Alguna vez contaron que aquel que coma carne de sirena, será maldito con no poder morir más que por las manos que le dieron a comer la carne que lo hizo vivir por siempre, por donde el problema radica y por la mente que lo alberca: Solo se muere cuando uno se corta la cabeza.

Hubo una vez, en un tiempo que fue cíclico, en una época que no era ahora pero tampoco ayer, un mundo que era recorrido por un anillo en lugar de una luna.

En dicho mundo, en dicho tiempo, existió una princesa que vivía en lo alto de una torre, esperando ser rescatada por un noble caballero que la lograra poseer y por tanto, liberarla de aquel lugar tan alto, donde se podía ver el anillo que cubría al planeta tan cerca, que casi parecía poder cumplir el deseo de la princesa de lograr volar.



La torre, era resguardada celosamente, tenía una fosa, pero se decía que era solo un espejismo, el agua tan cristalina que todo aquel que intentaba pasar nadando se zambullía para atravesar lo que bien podría ser un espejo, llegando así a la eternidad de no tener fondo, llegando así a ver el universo en un fracción de segundo, para quedarse sin aire y morir al siguiente. Por si esto fuera poco, en la fosa nadaba una sirena, que cantaba una melodía particularmente melancólica, que nadaba a través de la neblina que cubría a la torre hasta que llegaba a los incautos caballeros, que al seguir los recuerdos que la canción llevaba a sus mentes por medio de la niebla, ellos seguían ciegos, hasta que la esquelética sirena los lograba divisar para ahogarlos, y devorarlos.

Y yo, aquel que narra esto, soy el hijo del mar. Aquel hombre que la marea trajo consigo, tan delgado que mi piel estaba pegada a mis cuencas y mis ojos parecían salirse de sus orbitas, aquel que los órganos casi podían ser vistos a través del saco de piel y huesos casi putrefactos que el mar arrojó, aquel que a pesar de todo, a nadie sorprendió que estuviese vivo. Yo era el hombre maldito. Un día entre la niebla que cubría a la torre, se llegó a oír el canto de la sirena, la doncella quedó fascinada y miro hacia abajo, esperando que fuera yo el que la rescataría por fin de tan espantoso enclaustro



¿Pero quién era realmente yo? Era el que no podía morir.

Caminé entre niebla que a medida que me acercaba parecía más algodón, y una canción melancólica con un final infeliz comenzó a sonar; pero yo; yo ya era inmune, llevaba tanto tiempo flotando en el mar... En la soledad y solo deseando morir, que no recordaba nada de mi pasado, nada que me hiciera perderme y caer en las garras de la horrenda sirena, con la que me encontré de frente, esperándome en la orilla de la fosa. Su canción, parecía tenuemente traer a mi mente un recuerdo, pero una emoción en particular estaba cegándome, solo quería llegar a donde estaba la dulce, dulce doncella.

Me zambullí dentro de la fosa, había pasado tanto tiempo en el agua, que todo me parecía infinito ahora y nada me distrajo para llegar al orilla, mientras la esquelética sirena se preguntaba si lo que había visto pasar había sido un caballero o parte de su melancólica canción.

Las escaleras para llegar a lo alto de la torre parecían haber sido hechas con todas las estrellas en el cosmos, esperando ser escaladas cual expedición interplanetaria... Sentía como el tiempo escurría por mi cuerpo, era un ambiente increíble, escalón tras escalón, el tiempo pasaba sobre mí. Cuando por fin logre llegar a lo más alto de la torre, ahí estaba la princesa, sentada de espaldas a la puerta, viendo la ven-



ta; estaba muerta, la princesa estaba muerta, y yo... Yo solo quería acallar ese sentimiento en lo más profundo de mí. Pero... ¿Qué sentimiento era ese? Llevaba tanto tiempo sin sentir algo que no fuera deseo de morir, que ya no podía recordar como es que se siente.

Mi instinto más primitivo me dejó aclarar mis sentimientos; algo dentro de mí se me dijo que era lo que en verdad sentía por el cuerpo inerte de la doncella que me esperó hasta el último de sus días:

Hambre.

Me vi tan cegado por mis instintos que no pude notar cuando comencé a comérmela...

Martha Norma Gracia Gómez
Alumna del Tronco Interdivisional

